CAPITULO XVI.

EN EL QUE SE VE QUE LA CARRERA DEL TEATRO NO ES UNA SENDA DE ROSAS.

ISOLINA pasó la noche sentada, esperando la primera luz; doña Atanasía opinó por el descanso por el temor á la asma, y D. Fernando entró á su casa con el sigilo con que lo hacia todas las noches; sigilo que el viejo hipócrita hacia pasar por delicada atencion á su familia.

Aquella velada estaba siendo para Isolina una recapitulacion de todos los extraños acontecimientos de aquella

noche, que entre las muchas y muy terribles que habia pasado ya, le parecia la mas memorable.

Cuando mas absorta se encontraba, y su imaginacion mas distante de todos los objetos que la rodeaban, oyó claramente el gorgeo de una golondrina; la primera ave que saludaba á la aurora aquella mañana.

Vagó por los lábios de Isolina una sonrisa, y dió gracias interiormente á aquella ave que le habia avisado que ya podia salir; le pareció que la parlera golondrina era una amiga suya, que tambien habia estado en vela tomando parte en su tribulacion.

—Todavía tiene el cielo para mí aves que canten: todavía tengo esperanzas. ¡Gracias, Dios mio!

Isolina salió de la habitacion sin esperar á doña Atanasia, y recordando el rumbo que habia seguido y las calles que habia andado en compañía de D. Fernando, se dirijió al hospital, preguntó por el oficial de guardia y le pidió permiso para subir á la sala en donde se encontraba Pico.

El oficial, aunque acabado de despertar, abrió los ojos lo bastante para conocer que su interlocutora tenia muy buena presencia, y por lo que pudiera resultarle de provechoso se ofreció á acompañarla él mismo.

Un enfermero le dijo á Isolina el número de la cama que ocupaba Pico.

Atravesó media sala, se paró frente al número y buscó en el informe monton de ropas que se levantaba de la

cama, la cabeza de Pico; se acercó y pudo contemplarlo. Estaba dormido.

Isolina se detuvo sin hacer ruido y contemplaba, á pesar de la poca luz de la sala, la mortal palidez de Pico.

Permaneció de pié un largo rato, y despues se hincó para percibir mas claramente la respiracion del enfermo.

Esta era lenta y regular; pero al cabo de un rato fué haciéndose gradualmente mas rápida hasta convertirse en una especie de ansiedad.

Isolina fijó la vista en el semblante de Pico, y notó que sus cejas se contraían, como cuando se experimenta un intenso dolor; despues sus lábios se movian como queriendo articular palabras que pugnaban por salir; y por último, se movió todo el cuerpo del enfermo y exclamó: ¡Isolina, Isolina! ¡Ay!.....

Sus facciones volvieron á entrar en reposo, y la respiracion volvió á regularizarse despues de un prolongado suspiro.

—Piensa en mí, pensó Isolina. ¡Pobre Pico, no sabe que aquí estoy!

Volvió á agitarse la respiracion de Pico, y al decir por segunda vez: "Isolina!" abrió los ojos y los clavó en esta y se quedó inmóbil por un momento.

El sueño y la realidad estaban confundiéndose.

—Aquí estoy, señor Pico, dijo Isolina muy bajito.

—¡Ah! exclamó Pico fuertemente. Usted, usted, Isolina..... ¡Qué buena es usted.....! ¡Cómo no he de quererla.....!

Dos gruesas lágrimas asomaron á los ojos de Pico, lágrimas que recogió Isolina con la mas cariñosa de las miradas, y luego poniendo su blanca mano sobre la frente de Pico, le dijo con tono cariñoso:

—¿No está usted de peligro?

—¿De peligro.....? no, ¡ca! qué peligro! Un cobarde asesino, un mequetrefe de esos que quieren faltarle á usted al respeto, me disparó su revólver por detras; pero es en el brazo, se apresuró á agregar, es en el brazo y saldrá la bala; parece, segun me dijo el médico, que no interesó el hueso; pronto estaré bien. ¿Y usted, Iso ina, ha permanecido en la casa de doña Atanasia?

—Sí.

Isolina no quiso decirle á Pico que lo habia buscado en la noche, por no verse obligada á decir que la habia acompañado D. Fernando.

El oficial apareció en la puerta de la sala, é hizo seña á Isolina de que debia retirarse.

—Yo estaré pendiente, solicitaré permiso desde luego para estar aquí lo mas que sea posible, y lo curaré á usted personalmente.

—¡Gracias, Isolina, gracias! Pero que no la vea yo á usted aflijida; esto no es nada, tranquílicese usted y ya veremos lo que debemos hacer.

—Adios, señor Pico, hasta luego; voy á volver muy pronto.

Pico sacó su mano izquierda y estrechó la de Isolina, quien se desprendió del enfermo pudiendo apenas contener su emocion.

Volvió á entrar á la casa de doña Atanasia.

—¡Buena la ha hecho usted, mi vida! y yo que me levanté madrugando para acompañarla; ¡vaya! pues eso no está bueno, y la consecuencia antes que todo.

—Pero, señora.....murmuró Isolina; yo no quise molestar á usted.

—Y yo, si me meto en sus asuntos de usted, es solo por la recomendacion de mi compadre Pico, que por lo demas no me echo nada en lo bolsa, y que soy una pobre; pero á pesar de los años que uno tiene cada dia ve uno cosas nuevas.

Isolina sufrió con tan heroica resignacion aquella andanada, que doña Atanasia misma volvió sobre sus pasos y agregó:

—En fin, ya esto pasó y usted no tiene por qué mortificarse; esta es casa de usted y yo su servidora; voy á mandar que le den á usted el desayuno.

Y la vieja dejó á Isolina en la sala.

A poco rato vino la criada andrajosa, trayendo una taza con chocolate.

—Vengo á hacerle á usted compañía, mi alma, porque yo ya me desayuné.

—Gracias, señora, yo no he venido mas que á causarle á usted molestias y disgustos.

—¡No, qué disparate! vamos á hablar de otra cosa. ¿Qué le parece á usted el caballero que la acompañó á us-

ted anoche? Es un hombre muy rico, tiene varias haciendas y es la persona mas franca que conozco; sabe tirar el dinero como pocos, y eso sí, se dá gusto..... hace bien, lo mismo haria yo; conque vamos á ver, ¿que le ha parecido á usted?

—Señora..... si he de decir á usted la verdad, he estado tan impresionada con mi salida al teatro y me ha parecido todo lo que he visto tan raro, que no he podido fijarme en las personas.....

—No, no, esa no cuela, mi alma; vea usted mis canas; y ustedes las jovencitas no son las que me han de dar á mí cartilla.

—Si usted se empeña, debo decirle en cuanto á ese caballero, que me parece que se ha equivocado al juzgarme, y esto consistirá probablemente en que me ha visto salir á las tablas.

—¿Có..... como se entiende? ¿conque usted cree que se ha equivocado D. Fernando? Usted es la que se equivoca, D. Fernando es hombre de mucha experiencia, de mucho mundo y de mucha penetracion; y si nó, vamos á ver ¿en qué cree usted que se ha equivocado?

—Quiero decir, le ha parecido que yo seria capaz.....

—¿De corresponder á su cariño, iba usted á decir? pues bien, en eso no se ha equivocado.

—¡Cómo!

—La verdad.

—Pero señora.....

—Pero mi alma, usted se ha lanzado á la carrera del

teatro, no sé si con dotes, porque no se puede decir nada todavía; pero en fin... Usted va á vivir del teatro; segun sé, no tiene usted familia, y mi compadre Pico no es nada de usted; pues bien, con todos estos antecedentes no se necesita mucho ni poco mundo para comprender que algo va usted á hacer.

—¿Cómo qué? á trabajar honradamente.

—¡Hum!..... y á vivir de *volo*.

—¿Cómo de *volo?*

—Sí, ganando cuatro reales en cada noche de representacion.

—¿Eso es lo que gano?

—Nada mas; de manera que con doce funciones en el mes, no puede usted mantenerse ni con maiz tostado.

—Coseré.

—¡La aguja! ¿y las máquinas de *guelelegüilion*.? Es usted muy niña y está pensando todavia que las mugeres podemos vivir honradamente de nuestro trabajo; ya esos tiempos se acabaron, y hoy por hoy, si uno no se ingenia...

—Señora..... me moriré de hambre.

—Eso decimos todas al principio; pero cuando le empezamos á ver los cuernos al diablo de la miseria, entonces somos capaces de todo; y si no, aquí estoy yo, confesadora y comulgadora como pocas, y dizque orgullosita como ahora usted, y ni por esas. ¡Ay! he pasado unos ratos que le aseguro á usted que ya tengo adelantado mucho en alivio de mis pecados; pues créalo usted, mi alma,

este teatro ha sido mi purgatorio, y solo así he podido vivir de él.

—Usted me desconsuela, señora, en vez de animarme para que tenga fuerzas para luchar.

—Yo soy así; yo la verdad por delante, que vale mas pecar por avisado que por ignorante; y si hemos de hablar claro y vale darle á usted un buen consejo, no desdeñe usted á D. Fernando y no le pesará.

—¡Jamas! dijo Isolina violentamente, y en seguida guardó silencio.

Doña Atanasia se la quedó viendo, y luego riéndose de una manera sardónica dejó á Isolina entregada de nuevo á su meditacion.

Isolina acabó de cerciorarse de que estaba en poder de una muger que queria venderla á toda costa.

—¡Es posible, exclamó, que mi destino me coloque á todas horas frente á la deshonra! ¿Qué génio infernal me lleva por esta senda, en la que no encuentro sino las odiosas ofertas de seres corrompidos? ¡Ah, no! no, mil veces; la muerte primero que avergonzarme de mí misma!

Apenas habia acabado de formular esta resolucion, cuando se presentó D. Fernando.

Parecia otro hombre; Isolina creyó que tenia un aspecto distinto del que le notó en la noche.

Don Fernando iba irreprochablemente vestido, y sus ademanes eran de lo mas comedidos y esquisitos.

—Señorita, vuelvo tal vez á importunarla; pero es para traer á usted buenas noticias del herido.

—¿Ha conseguido usted algo en su favor?

—No lo pongo en duda, y todo saldrá como usted lo desea; pero antes he creido necesario tener con usted una conferencia.

—Si esa conferencia, contestó Isolina, ha de tener por objeto conseguir de mí algo que pugne con mis resoluciones, puede usted omitirla porque todo será inútil.

—Quiero solamente fijar el carácter que desde hoy voy á tener en los asuntos de usted. Yo no le ofrezco á usted mas que mi amistad y mi amparo como caballero; usted está sola en el mundo, porque la persona que le hace á usted compañía, á lo poco que puede hacer por usted en virtud de su situacion precaria, agrega una nota que..... francamente, obligará á muchos á faltarle á usted á las consideraciones que se merece.

—¿Se habla de mí? ¿Se habla de Pico? dijo Isolina sorprendida.

—No debe ocultársele á usted que sabiendo todos que Pico no es su marido de usted .....

—Debe ser entonces mi amante, ¿no es cierto?

—Exactamente, y la muger que tiene un amante, puede cambiarlo, supuesto que amar no es poseer definitivamente.

—Pico es muy pobre, es cierto, y no es ni mi marido ni mi amante, y sin embargo, nos ligan íntimamente el respeto y la gratitud.

—Yo no censuro la conducta de usted y solamente me

atrevo á suponer que esa amistad, que yo tambien respeto, no excluye la mia que ofrezco á usted sinceramente.

—Bajo esa sola condicion la acepto, porque no dudo (sin ser por esto vanidosa) que así como ha empezado usted á conocerme, habrá aprendido á respetarme.

—El respeto lo impone la virtud, Isolina, y yo me precio de ser justo. Ahora, ordene usted lo que guste.

Isolina se quedó pensativa.

—¿Vacila usted aún?

—Temeria á mi vez ofender á usted si tal hiciera.

D. Fernando se habia colocado ya en la posicion única en que cabia con respecto á Isolina, á quien tranquilizó aquel nuevo triunfo de su dignidad, aun en medio de todas las demas contrariedades.

Convinieron amigablemente en que D. Fernando pondria en juego toda su influencia, á fin de conseguir que Pico viniera á curarse á aquella casa; y siendo esta la mas vehemente aspiracion de Isolina, D. Fernando no vaciló en asegurar el resultado, ofreciendo solemnemente dar en esto á Isolina, una prueba de su lealtad y desinteresado afecto.

Despues de una ligera conferencia, D. Fernando salió de la habitacion.

Isolina experimentó cierto bienestar al encontrarse sola y pensando que acaso no se pasaria el dia sin volver á ver á Pico.

—¡Pobre Pico! decia. ¡Cuanto ha sufrido ya por mí! ¡Ay! mi destino es inexorable; y hasta en aquello que me

es mas grato, como su afecto, encuentro un fondo de amargura que me atormenta. Pico me ama, pero me ama con un amor profundo que en vano deseo sentir por él; su amor y todos sus sacrificios por mí, lo hacen acreedor á toda mi gratitud, á mi mas sincera estimacion; pero..... pero Pico no es para mí el bello ideal del hombre, no puedo amarle como él me ama á mí, encuentro no sé que barrera insuperable entre nosotros y me siento condenada á verlo sufrir sin esperanza.

Isolina volvió á quedarse profundamente abismada.